

## CAPÍTULOS EXTRAS EDICIÓN ESPECIAL

---

### PRESENTE, FUTURO Y PASADO

Siempre he creído que el amor consiste justo en eso.  
En la rutina. En los detalles...

*Nuestro lugar en el mundo*

NOTA DE LA AUTORA: *El arte de ser nosotros* recoge solo una parte de las vidas de estos personajes, que ya existían antes de la primera página y seguirán existiendo cuando termines el libro. Con motivo de esta edición especial, me hace mucha ilusión compartir contigo tres capítulos más de su historia, ubicados en el presente, el futuro y el pasado. El último es mi favorito, pero, por favor, léelo al final.

Espero que los disfrutes.



# I

## PRESENTE

### *Epílogo. Parte 2*

#### El reencuentro de Logan y Leah

*Leah*

Corro hacia sus brazos y, en cuanto nos tocamos, me siento en casa.

—Te he echado muchísimo de menos —digo.

Mi voz está colmada de felicidad. El precioso sonido de su risa me llena los oídos mientras Logan me abraza fuerte, como si quisiera fundirnos en un solo ser. Sigue sujetando mi manuscrito, ese que escribí para él, lo que no nos supone un impedimento para pegarnos el uno al otro. Escondo la nariz en su pecho, me recreo en su olor y su cercanía. Desearía poder encapsular este momento para revivirlo una y otra vez. No me creo que esté aquí. Que haya vuelto por fin.

Por fin. Por fin. Por fin. Por fin.

—Tienes mucho que contarme.

No me importa que hayamos hablado por teléfono todas las noches. Quiero volver a oír todas esas historias directamente de su boca.

—Estás preciosa —contesta él. Presiona los labios contra mi cuello, mi hombro y mi clavícula. Yo me río porque me está haciendo cosquillas.

—Estoy igual.

No he cambiado nada en estos nueve meses. Logan tampoco, excepto por los nuevos tatuajes.

—No es eso. Siempre has sido preciosa. Me refiero a que las putas pantallas no te hacen justicia. —Acerca su boca a la mía—. Y a tu risa tampoco.

Cuando me besa, estoy sonriendo tanto que me duelen las mejillas. Entrelazo los dedos en su nuca y me deleito al notar ese cosquilleo agradable en el estómago. El mundo parece regresar a su lugar.

Logan me sostiene la cabeza para inclinármela hacia atrás y el calor se me arremolina dentro. El beso pretende ser profundo, pero se está conteniendo, seguramente al recordar dónde estamos. Le hago retroceder unos pasos, consciente de que, como esto vaya a más, daremos un espectáculo.

—Vámonos antes de que vuelva Will —le pido.

—Will sabe que tiene que tardar en volver.

Seguro. No obstante, seguimos estando en el recibidor de Mad Masters, frente a los grandes ventanales que dan a la calle. Y el pobre Will tendrá que salir de la oficina si aparece algún cliente.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para obligarme a pensar con claridad y apartarme de Logan. Solo me da tiempo a girarme y avanzar tres pasos antes de que él me abrace por detrás, me levante y me encierre en el cubículo donde suele tatuarse. Mis carcajadas resuenan por todo el estudio.

Me acorrala contra la puerta cerrada y pone de nuevo sus labios sobre los míos.

—¿Mejor? —tantea.

Vuelvo a sonreír.

—Mucho mejor.

Alarga el brazo para dejar el manuscrito sobre la mesa y que sus manos puedan centrarse solo en mí. Y me besa, esta vez de esa manera intensa que tanto he añorado. Lo recibo con ganas cuando su lengua se desliza sobre la mía y me aprieta contra la madera. La necesidad se me acumula en la parte baja del estómago. Joder. Sabía que esto pasaría cuando nos viéramos, y estoy más que encantada con que ocurra, pero ¿aquí?

—Igual deberíamos... —Mi voz muere cuando sus manos se cuelan bajo mi camiseta. He cambiado de opinión. Aquí o en cualquier parte. No me importa nada.

—Estoy pensando dónde debería hacerte el tatuaje... —me provoca—. Me gusta aquí. —Sus labios recorren mi mandíbula y continúan hasta el lateral de mi cuello, hacia el mismo lugar en el que él tiene tatuada la rosa—. O aquí. —Esta vez son sus manos las que avanzan, rozándose la parte baja del sujetador. Me ar-

queo casi por inercia—. O a lo mejor aquí... —Me besa la clavícula y yo me derrito contra la puerta.

Me cuesta poner a funcionar mi cerebro para decir algo con sentido.

—Había pensado en hacérmelo en la muñeca.

Noto su sonrisa contra la piel y sé que ha percibido lo mucho que me tiembla la voz. Capullo.

—Donde quieras —accede—. No me atrevería a contradecir a una escritora superventas.

Eso me hace reaccionar de golpe.

La vergüenza se me cuela en el estómago.

—No soy...

—Todavía no. Pero lo serás —me interrumpe—. Estoy muy orgulloso de ti.

Esas palabras suavizan algo en mí. Sus labios me rozan el hombro por última vez y, mientras sus dedos me acarician la cintura, Logan se aleja para mirarme. Dejo de oír el ruido que hay fuera —Will hablando con algún nuevo cliente— y, de repente, no existe nada más que nosotros, encerrados aquí. A él las pantallas tampoco le hacen justicia. Paso de esos bonitos ojos oscuros al flequillo que, ahora más largo, le cae sobre la frente, y bajo hasta los nuevos tatuajes que le asoman por el cuello. Me muero por ver también los que se ha hecho en la espalda.

—¿Lo de dedicarme el libro iba en serio? —añade.

Asiento y esboza la sonrisa más bonita del mundo. Me gusta esta parte de él; la que es vulnerable, siente ilusión por las cosas y no puede quitarme las manos de encima. Es muy diferente a la versión que conocí la primera vez que nos vimos.

Yo he cambiado también. Antes era menos valiente. Jamás me habría atrevido a hablarle a nadie de mi entorno de lo que escribo. Menos aún a probar suerte con una editorial.

Supongo que eso es lo bonito del amor. Te hace sacar partes preciosas de ti que no sabías ni que existían.

—¿Me dejarás tu ilustración para la portada? —inquiero.

—Puedo hacerte una mejor. Ya se nos ocurrirá algo.

—Me gusta esa. Es perfecta.

Y muy nuestra. Logan es demasiado exigente consigo mismo. Yo, en cambio, aprecio cada resquicio de su talento.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—¿Lo de que me van a publicar? Cuatro días. Me moría de ganas de contártelo, pero quería esperar a hacerlo en persona. —Fue muy difícil no coger el teléfono para llamarlo en cuanto me enteré.

Todavía estoy en una nube. Es un sueño hecho realidad. Me fue tan bien en el curso de escritura en Washington que mi profesora, una exagente literaria de renombre, decidió pasar mi contacto a algunos de sus antiguos compañeros de profesión, por si acaso estaban interesados en mí. Por ese entonces yo ya había terminado el manuscrito; no era mi primera novela, pero sí la primera de la que me sentía lo bastante orgullosa como para intentar publicarla en papel. Sorprendentemente, Alice Scott, la directora de la que ahora es mi agencia, también pensó que merecía la pena intentarlo y me ofreció un contrato de representación.

Logan, mi familia y mis amigos celebraron la noticia por todo lo alto, aunque conseguir una agente era solo el primer paso del proceso; me facilitaba las cosas, sí, pero no me aseguraba la publicación. Creo que me daba tanto miedo llevarme un chasco que me había convencido a mí misma de que no ocurriría nada más. Ni siquiera le presté atención a Alice cuando me dijo que estaba empezando a recibir ofertas.

Y entonces la primera llegó a mi correo el martes pasado. Y todo se volvió real.

Voy a publicar mi primera novela en papel. Con una gran editorial. Aún estamos solo al inicio del proceso, pero va a ocurrir.

Es completamente alucinante.

—Mataría por haber podido ver tu cara en ese momento —confiesa Logan, inclinándose para darme un beso en la frente.

—Me quedé tan blanca que Kenny y Sasha pensaron que me había mareado.

En mi defensa diré que nunca imaginé que la noticia más importante de mi vida fuera a llegarme al móvil, sin previo aviso, mientras estaba lavándome las manos en el baño público de la universidad. ¿No se supone que el mundo debe prepararte mejor para los momentos importantes? ¿Darles, qué sé yo, un toque épico?

—Seguro que te mareaste de verdad —bromea.

—Aún no me creo que sea real.

—Es real. ¿Me dejarás leerlo antes de que se publique?

—Claro. —Él es, junto con Mandy, Sasha y mis padres, uno de mis lectores beta por excelencia.

—Del uno al diez, ¿cuántas escenas picantes...?

—Ninguna —miento.

—No me lo creo.

—Tendrás que leerlo para descubrirlo.

—Ya se te ha subido la fama a la cabeza.

—Por segunda vez, no soy famosa. No soy una escritora superventas. El libro ni siquiera ha salido aún...

—Pero saldrá. Te convertirás en una escritora superventas. No se te subirá la fama a la cabeza, porque eres demasiado buena para eso. Y yo seguiré estando muy orgulloso de ti.

—Logan, esas cosas solo le pasan a uno entre un millón.

—Alguien tiene que ser ese uno —responde con naturalidad—. ¿Por qué no ibas a serlo tú?

Mi sonrisa regresa. Él y su confianza ciega. Es difícil luchar contra un argumento así. No tengo ni idea de lo que me deparará el futuro, pero sí sé que Logan estará aquí, conmigo, acompañándome en el proceso, celebrando mis éxitos y animándome a seguir adelante tras mis fracasos. Con eso me basta.

—Te quiero —digo. Me encanta ver cómo le brillan los ojos cada vez que lo oye.

—Y yo a ti. Es mejor oírlo sin pantallas de por medio.

—Sí que lo es, sí.

Me besa una vez más antes de apartarse e ir a por su tableta gráfica, que está sobre la mesa. Me quedo un segundo contra la puerta, tratando de calmar mi corazón, que danza feliz desde que Logan ha aparecido. Me pregunto si volverá a latir como antes o si este se convertirá en su estado natural de ahora en adelante.

—¿Lo de tatuarte iba en serio? —habla entonces—. Aún no me he reincorporado oficialmente, así que eres mi única clienta del día. Tengo toda la tarde reservada para ti. —Se gira hacia mí con la tableta en la mano.

—Suena tentador —admito. Logan sonríe.

—Túmbate en la camilla —me pide. Al notar que no me muevo, levanta la vista y arquea las cejas—. Para tatuarte, Leah.

Me relajo. O me siento decepcionada. Un poco de ambas.

—Ya no me fío de tus intenciones. —Me acerco a la camilla en cuestión.

—Haces bien. —Logan viene detrás de mí—. Te enseñaré todas mis intenciones luego, cuando estemos a solas en tu casa y puedas hacer ruido.

Por la mirada divertida que me lanza, había echado mucho de menos verme sonrojada.

Antes de ir a sacar el *stencil*, me muestra en la tableta la tormenta que ha diseñado; es parecida a la que dibujó aquel día, cuando vine aquí a «entrevistarlo» después de que su abuela Mandy nos hiciera de Celestina, pero se nota que a esta ha podido dedicarle más tiempo, porque ha cuidado cada línea, cada detalle. Le doy mi aprobación, me deja unos minutos sola en la sala y, cuando regresa, se sienta en la silla de ruedas frente a la camilla y me agarra el brazo con delicadeza para empezar con el proceso.

Es aún más atractivo cuando se pone en modo trabajo.

—¿Me dolerá?

—No. —Directo, seguro y conciso. Verlo tan estoico me relaja. Me coloca el *stencil* en la muñeca y luego lo transfiere también en la parte de arriba del antebrazo, justo por debajo del interior del codo—. He pensado que aquí también podría quedar bien, pero tú decides.

Echo un vistazo. No es solo que ahí también se vea bien, es que queda muchísimo mejor. Imagino que no lo ha dicho así tal cual para no condicionar mi decisión. Los tatuajes son algo muy personal, pero es fácil dejarse guiar por la opinión de un profesional como Logan.

—Sí, me gusta más ahí. ¿La aguja es muy grande?

—No te va a doler —repite con una paciencia infinita—. Confía en mí. —Se impulsa con las piernas para hacer rodar la silla hasta la encimera más cercana.

Yo me revuelvo, inquieta. No era consciente del miedo que les tenía a las agujas hasta que ha llegado este momento.

—Me fío de ti. —Pero del pinchazo, no. He ahí el problema. Me aclaro la garganta y busco un tema de conversación—. ¿Cómo está Mandy?

—Bien. Deseando verte. Podemos pasarnos mañana.

—O esta noche, después de cenar con Kenny y Sash.

—¿La cena sigue en pie? —se queja.

—Pues claro. Son tus amigos. Te han echado de menos.

—Yo no tengo amigos.

—Si Sasha te oye decir eso, te dará una patada en los huevos.

—¿Sigue empeñada en llamarme monstruito?

—Le encanta ese apodo. Y Kenny se ha preparado un montón de rimas con números para cuando te vea. Hazme un favor y deja que te suelte alguna. Está que se muere de la ilusión. Además, a mí no me engañas, tienes muchísimas ganas de verlos.

Hemos hablado un montón de veces por videollamada los cuatro juntos. Kenny y Sasha lo quieren como a un hermano. Tienen una amistad preciosa y sé que Logan está deseando ponerte al día con ellos, aunque le encante bromear con que no tiene sentimientos y eso. En lo que a mí respecta, no podría sentirme más afortunada de tenerlos a todos en mi vida. Hace un tiempo, Sasha me llevó a conocer a algunas de sus amigas. Yo tengo pendiente presentarle a Maeve, mi nueva compañera de piso. Estoy segura de que se llevarán genial. Mi círculo social crece cada vez más y, aunque no sea excesivamente amplio, está lleno de personas que me hacen sentir bien, lo que me parece más que suficiente.

La Leah de hace un año estaría muy orgullosa.

—También conocerás a Maeve —lo informo—. La semana que viene.

Se ha ido a pasar unos días con su familia y su novio, que vienen en Miami. Eso nos deja la casa sola a Logan y a mí hasta que vuelva.

La idea me gustaría más si su novio no me generara tanta desconfianza. No sé mucho sobre Mike, pero tengo la impresión de que Maeve no es del todo feliz con él. Al principio ambas nos sentimos muy identificadas con la otra porque las dos estábamos en una relación a distancia. Luego empecé a notar que, cada vez que yo volvía de hablar con Logan, Maeve siempre me decía que le parecía muy bonito que Logan me hiciese sonreír así. No le di importancia hasta que me fijé en que ella no regresaba demasiado animada cuando terminaba de hablar con Mike.

No he querido indagar al respecto, así que igual son solo ima-

ginaciones mías. Sea como sea, quiero lo mejor para Maeve. Es una tía genial. Y una muy buena amiga.

Logan se me acerca con la máquina funcionando y todo lo demás pasa a un segundo plano.

—Creo que me voy a desmayar. —Cierro los ojos con fuerza. Soy la peor novia del mundo. La peor. ¿Cómo voy a salir con un tatuador y tener miedo a las agujas?

—¿Quieres que lo dejemos? —Logan vacila.

—¿Qué? ¡No! —exclamo. Abro los ojos de golpe. Lo que me faltaba ya—. Voy a hacerme el dichoso tatuaje, pero hazlo rápido. Y que no me duela. O te mato.

Me giro hacia el frente antes de verlo sonreír. O poner mala cara. No tengo claro si se está divirtiendo con esto o si está sufriéndolo por mí. El caso es que, cuando se acerca, me sujetan bien del brazo, y no creo que sea solo para poder tatuarme correctamente. Igual le preocupa que pierda la conciencia de verdad y rueda camilla abajo o algo así.

—No te va a doler —insiste—. Será un picor molesto. Nada más.

—Si me desmayo, tú sigue tatuándome hasta el final, ¿vale? Así al menos cuando me despierte la tortura ya habrá pasado.

Ahora sí que se ríe.

—Leah —me reprende en tono socarrón.

—Hablo en serio. —Igual estoy dramatizando un poco, pero hablo en serio.

—Terminaré enseguida. Y estoy casi seguro de que la experiencia te va a encantar. —Se pone en posición—. Acabarás pidiéndome que te tatúe todo el cuerpo.

Hay un deje insinuante en su voz, en esa frase, que me distrae un segundo. Estoy pensando qué contestar —me he quedado bloqueada— cuando una aguja gigante en movimiento se me clava en el brazo.



Unas horas después, salimos del estudio y yo ya llevo mi tatuaje cubierto con un apósito que lo mantiene a salvo de infecciones. Voy prácticamente danzando de felicidad. Me siento la

mujer más realizada del mundo, no solo porque haya superado un miedo, sino porque además estoy enamoradísima del resultado. No puedo esperar a quitarme el apósito para verlo de nuevo. Ha quedado precioso. Y Logan tenía razón. Tampoco ha sido para tanto.

Él ha tenido mucho que ver en esto último, claro. Me ha tatuado dándome la espalda, con mi brazo entre los suyos, de manera que su gran cuerpo cubría casi todo mi campo de visión. Como no veía la aguja, me era fácil imaginarme que solo me estaba dando pellizquitos. Al terminar, mientras yo admiraba alucinada su obra, he visto que él estiraba la espalda con disimulo, como si trabajar en esa posición —que no debe de ser habitual— le hubiera pasado factura. Que haya sido tan considerado y haya buscado la manera de ayudarme a superar mis miedos (¡sin desmayarme!) me ha hecho quererlo incluso más.

Logan me agarra la mano en cuanto salimos de Mad Masters. Nos pasamos todo el camino hacia el río poniéndonos al día. Le pido que vuelva a contarme mis anécdotas favoritas del viaje y él me pregunta sobre Oliver, que ha empezado un nuevo curso, y el restaurante de mis padres. Cuando llegamos al paseo del río junto al Daniel's y vemos a nuestros amigos a lo lejos, la sonrisa no me cabe en la cara.

Sasha es la primera en acercarse. Se planta delante de Logan y le espeta:

—Si te vuelves a largar, te mato. —Y le da un abrazo.

Él suelta una risotada mientras la estrecha contra sí. Me aparto un poco para dejarles espacio y me rodeo con los brazos, conmovida. Me encanta volver a ver a Logan aquí. El grupo estaba incompleto sin él.

—¿Qué pasa, tío? —saluda a Kenny en cuanto Sash lo deja en paz.

Kenny tiene los ojos enrojecidos.

—Cabronazo. Me vas a hacer llorar.

Todos nos reímos, aunque Kenny no es el único al que le cuesta contener las lágrimas. Me seco los ojos con disimulo. Sasha viene hacia mí. Apoya su hombro contra el mío mientras vemos a los chicos hablar entre ellos.

—Se te ve feliz —menciona. Yo sonrío y me subo la manga para enseñarle el apósito.

—Felizmente tatuada.

—Venga ya. —Vuelve la cabeza hacia Logan como un resorte—. ¿La has tatuado? —Suena casi como una acusación. No puedo ocultar mi diversión al ver a Logan levantar las manos.

—Me lo ha pedido ella.

—¿No les tenías miedo a las agujas? —se extraña Kenny.

Logan arquea las cejas en su dirección.

—¿Cuándo has visto tú que Leah se dejé intimidar?

Está claro que me tiene en más estima de la que me tengo yo. Antes, cuando me he puesto en plan dramático en el estudio, sí que me sentía bastante intimidada. Sus ojos encuentran los míos y parece que me lea la mente y me diga: «Tenías miedo, pero lo has hecho de todas formas. Eso es lo que cuenta, ¿no?».

Sí. Es verdad.

—Me muero por verlo. Qué ilusión —se emociona Sash. Entrelaza nuestros brazos—. Dime, ¿te ha dolido? Turner, más te vale haber cuidado de nuestra chica —le advierte.

—Es *mi* chica. Y siempre cuido de ella.

Qué gruñón es. Lo he echado mucho de menos.

—No me ha dolido nada —me regocijo. Sash me guiña un ojo y le cede el sitio a Logan, que no tarda en pasarme un brazo por la cintura. Está bastante pegajoso, pero no me quejo.

—Te acabarás volviendo adicta a los tatuajes —me garantiza Kenny, tal y como ha hecho mi novio hace un rato—. Como nosotros.

—¿Cuántos tienes tú ahora? —me intereso.

—No lo sé. Todos me los ha hecho Logan. Creo que ya van once. O doce, contando el último de la espalda.

—Te hice otro más en el brazo antes de irme —le recuerda Logan. Está demasiado concentrado en mí como para fijarse en que Kenny ha empezado a sonreír lentamente—. Así que en total serían tre... —Me tenso y eso hace que él reaccione también. Frunce el ceño, mira a nuestros amigos y cierra la boca—. No voy a terminar esa frase.

—Te dije que no iba a funcionar —le digo a Kenny.

—¿Tú estabas compinchada? —me recrimina Logan.

—Las dos lo estábamos. Nos ha insistido con este tema toda la semana —suspira Sash.

—Tengo un documento de quince páginas lleno de rimas preparado para ti, amigo mío. Caerás tarde o temprano —le asegura Kenny.

Logan lo mira estupefacto.

—Me preocupas seriamente.

La expresión de Kenny adquiere un brillo pícaro.

—Repite eso —lo reta.

—No.

—¿Por qué no?

—Que te jodian, Ken.

Sash se vuelve hacia su novio.

—¿Tenías una rima para «seriamente»?

—Me la agarras con la mente. Se me ha ocurrido en el momento. Me estoy convirtiendo en todo un prodigo. ¿No es alucinante?

No puedo evitar reírme. Sasha nos mira ahora a nosotros.

—Espero que te alegres de estar de vuelta —le dice a Logan, burlona.

Kenny y ella echan a andar hacia el restaurante cogidos de la mano. Nos quedamos un poco atrás, observándolos.

—Sí que me alegro —admite Logan—. Pero no se lo digas a ninguno de los dos.

—Te guardaré el secreto, tipo duro —le prometo. Cuando entrelaza nuestras manos, yo tiro de él hacia nuestro rincón de siempre—. Bienvenido a casa. 

NOTA DE LA AUTORA: Logan y Leah también encontraron su lugar en el mundo. 

II  
—  
FUTURO

*Abril, 2024*  
Otro reencuentro  
(La parte favorita de Logan y Leah)

*Leah*

Logan tiene su boca sobre la mía en cuanto abro la puerta del apartamento.

—Estaba deseando verte. —Cierra con un golpe de talón y me hace retroceder hasta la pared.

Mi corazón vibra con alegría. Me entrego al beso con ganas porque yo también esperaba con ansias este momento. Ha estado una semana fuera, trabajando en el estudio de unos amigos, y me ha parecido toda una eternidad. El pelo húmedo le gotea sobre la frente. Me río mientras lo ayudo a deshacerse de la chaqueta mojada.

—¿Sigue lloviendo?

—Diluyendo, más bien. —La chaqueta cae al suelo.

—Y aun así has venido...

—Directo desde el aeropuerto.

Les abre la puerta de golpe a todas las mariposas.

Logan me planta las manos bajo los muslos, me levanta y le envuelvo la cintura con las piernas. Un minuto después, estamos en mi habitación y me tiene sentada sobre el escritorio. Seguramente habrá dejado el pasillo hecho un desastre, pero ya nos ocuparemos de eso después, cuando no me esté besando como si lo necesitase tanto como respirar. No solemos pasar mucho tiempo separados. Cuando lo hacemos, los reencuentros son sin duda mi parte favorita.

El beso se vuelve más profundo. Percibo la urgencia en cada

uno de sus movimientos. El calor se me arremolina en las entrañas, pidiéndome más.

Tiro del dobladillo de su camiseta.

—Fuera —ordeno.

Él sonríe sobre mi boca.

—Una semana sin verme y todavía no me has dicho nada bonito.

No tarda en obedecer. La prenda desaparece y mis manos acuden en su busca.

Recorro con los dedos las líneas de esos tatuajes que ya me conozco de memoria. Podría dibujar un mapa de su cuerpo con los ojos cerrados. Logan se estremece y se cierne sobre mí, todavía sin dejar de besarme. Tiene la piel helada, lo que no podría importarme menos ahora mismo. Aprovecho que sigo con las piernas en torno a su cintura para mantenerlo cerca.

—Dime que no hay nadie más en casa —me suplica. Encuentra un punto sensible en mi cuello y se me escapa un suspiro entre-cortado.

—Estamos solos tú y yo.

—¿Has pensado mucho en esto durante la última semana?

—¿En ti? —pregunto—. Siempre estoy pensando en ti.

—¿Incluso cuando escribes?

—Menos cuando escribo.

—Mentirosa. —Siento su sonrisa contra la piel.

El corazón me bombea fuerte contra las costillas. Podría deshacerme entre sus brazos ahora mismo.

—Eres tú el que está obsesionado conmigo —bromeo solo para provocarlo—. Vienes aquí, directo desde el aeropuerto, a pesar del frío y de la lluvia... ¿De verdad no has pasado por tu casa antes?

—Te echaba de menos.

—Mandy me va a odiar.

—Mi abuela te adora. Y adora que pase tiempo contigo. Sabe que soy más feliz cuando tú estás cerca —murmura sobre mi hombro—. Nos hacemos bien el uno al otro.

—Así es —coincido. Logan deja escapar un suspiro, lo que no encaja en absoluto con el deje burlón y sensual que tenía nuestra conversación hace un momento. Le acaricio la nuca con cari-

ño—. ¿Va todo bien? —Me aparto lo justo para poder mirarlo a los ojos.

—Me mató no estar aquí el otro día.

—No te tortures por eso. —Sé perfectamente a qué día se refiere.

—Me necesitabas.

—Y te tuve, aunque fuera en la distancia. Además, me pilló en casa de mis padres. No habría servido de nada que tú hubieras estado en Portland.

—Lo sé. Pero ojalá hubiera estado contigo.

—Estas cosas me pasarán más veces. Si quiero dedicarme a la escritura, tendré que acostumbrarme. Un rechazo editorial no es el fin del mundo. —Trago saliva. Ya no sé si hablo para él o para mí misma. Quizá necesite recordárnoslo a ambos—. Solo debo hacerlo mejor la próxima vez.

Publicar mi primera novela fue un sueño hecho realidad. Uno que supuso muchos cambios bruscos. Lloré de la emoción al recibir mis ejemplares, hice mi primera firma de libros —a la que acudieron Logan, mi familia, nuestros amigos y cinco lectoras que me conocían de internet; fue muy impactante descubrir que, detrás de todas esas personas que me seguían en redes, había gente *de verdad*— y temblé al leer las primeras reseñas de *bookstagramers*. Y, entonces, de un momento a otro, todo se salió de madre. El libro se hizo famoso en redes. Los *influencers* más famosos lo recomendaron. Entró en el top de los más vendidos. Comencé a recibir miles de fotografías de la novela, que de repente estaba en todas partes —me llegó incluso una fotografía desde Finlandia—, y algunas compañeras de la universidad me trajeron sus ejemplares para que los firmara. Cuando hice mi segunda firma, esta vez en una ciudad cercana, la asistencia se había multiplicado. Y, mientras tanto, yo seguía sin entender qué diablos estaba pasando. Por ese entonces no me había atrevido a pedir cifras de ventas. Me daba miedo decepcionarme. No tenía claro si el furor que veía en internet se extrapolaría a la realidad.

Pero así era.

Mi primera novela se había convertido en un *bestseller* y todo el mundo lo sabía menos yo.

Qué irónica es la vida a veces.

Unos meses después de publicar, Alice me llamó para decirme que la editorial quería ofrecerme un contrato para otra novela. Firmamos, me dieron una fecha de entrega y me preguntaron si podía escribir algo nuevo que siguiera la línea de lo anterior. Y entonces llegó el momento de volver a sentarme frente al portátil y todo se fue a pique.

Estoy acostumbrada a que me lean, pero no de esta manera tan... masiva. Y ¿empezar a escribir una novela sabiendo que acabará en manos de miles de lectores? ¿Que recibirá críticas, tanto positivas como negativas, y tendrá que luchar contra las altas expectativas que dejó mi primer libro? ¿Que habrá todo un equipo de marketing asegurándose de que cumple con las ventas estipuladas? Me pudo la presión. Llevo meses bloqueada. Todavía queda mucho para mi fecha de entrega, pero hace un par de semanas Alice empezó a insistirme en que desde la editorial necesitaban saber algo, *cualquier cosa*, sobre el proyecto. Me pidió que redactara una propuesta con ideas. Ideas que no tenía. Le di largas hasta que no me quedó más remedio que sentarme e intentar redactar algo. No me extrañó que el otro día me llamara para decirme que la propuesta no había convencido a mis editores. Era imposible que esa idea les encajara. Ni siquiera me encajaba a mí.

Le comenté a Alice lo de mi bloqueo y me aseguró que hablaría con la editorial para retrasar la fecha de entrega. Me animó a pensar en nuevas ideas. Me dijo que confiaba en mí. Le di las gracias. Colgué el teléfono.

Tuve un ataque de ansiedad.

Era el primer rechazo de mi carrera. El mundo se me cayó encima. Empecé a pensar que no valía para esto, que todo se había terminado, que mi éxito sería fugaz, que mi sueño se había ido al traste. Llamé a Logan entre lágrimas para contárselo. También lloré cuando bajé a hablar con mis padres y al día siguiente, cuando se lo expliqué a mi psicóloga. Ella me ayudó a entender que no lloraba solo por el rechazo, sino por la frustración que me generaba estar bloqueada. Habían sido unos meses de muchas emociones y era comprensible que me costara acostumbrarme a esta normalidad. Que las cosas que me pasan sean buenas no significa que no vaya a ser difícil procesarlas. Como digo, la vida es muy irónica a veces.

—Siento haberte preocupado —le susurro a Logan. Aunque

mi psicóloga siempre me repite que no hay nada de malo en buscar apoyo en mis seres queridos, a mí se me sigue complicando no sentirme culpable cuando lo hago.

—No pidas perdón. Tienes que llamarme cuando ocurran cosas así. A mí, a Sasha, a Kenny, a Maeve, a tus padres o a cualquiera que no vaya a dejarte lidiando con ello sola.

—Hablar contigo siempre me tranquiliza.

—Entonces llámame a mí.

Asiento, aunque seguimos abrazados y no puede verme. Le acaricio la columna con la yema de los dedos. Me alegro de que haya sacado el tema; me he quitado un peso de encima que no sabía que tenía. Es verdad lo que dice. Nos hacemos bien el uno al otro.

Guardo silencio unos segundos. Después, me atrevo a verbalizar la duda que ronda por mi cabeza desde hace días:

—¿Tú sabías que me rechazarían?

—Esperaba que no presentaras la propuesta —reconoce con cautela. El corazón se me encoge—. No porque creyera que fueran a rechazarte, sino porque sospechaba que no te hacía tanta ilusión escribirla. Cuando algo te emociona, hablas de ello sin parar. Y ni siquiera quisiste darme detalles sobre la trama.

Sí. Tiene razón. Soy más transparente de lo que creía.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No quería presionarte más. Parecías muy aliviada cuando la enviaste por fin. Pensé que, a lo mejor, cuando te la aceptaran y te libraras de la presión, todo te saldría solo. Que encontrarías algo que te hiciese enamorarte de la idea, no sé. Siento lo que ha pasado. Si hubiera sabido que la rechazarían, te habría aconsejado esperar.

Para mi sorpresa, niego con la cabeza.

—Hice bien en no esperar. Necesitaba este rechazo. Me ha abierto los ojos. No pienso escribir nada que no me haga ilusión. La escritura es mi pasión. Si no me llena, entonces dedicarme a esto no tiene sentido. Ya se me ocurrirá alguna idea mejor. Siempre se me ocurren.

—Siempre —coincide Logan.

—Y no soy de las que se rinden fácilmente. —Menos aún por un rechazo que ni siquiera ha sido un rechazo como tal, sino más bien un «queremos trabajar contigo, pero esto no nos encaja; por favor, inténtalo otra vez». Logan se queda callado y una son-

risa titila sobre mis labios. Pongo los ojos en blanco—. Dilo —lo animo. Seguro que lo está deseando.

—Esa es mi chica —presume. Yo me río.

Todavía sigo sonriendo cuando vuelve a besarme. Noto un cosquilleo agradable en el estómago. Me quedaría para siempre aquí si no empezara a tener frío; mi ropa está algo húmeda por culpa de Logan, porque la suya sigue bastante mojada.

—Deberías darte una ducha y ponerte ropa seca. A este paso, acabarás enfermando. —Le aparto el pelo de la frente y frunzo el ceño al notar la temperatura de su piel. Examino su rostro con preocupación—. No tienes buen aspecto.

Ha entrado tan lanzado que ni me había fijado.

—Llevo resfriado un par de días.

—¿Has tenido fiebre?

—Un poco. Nada de lo que debas preocuparte. —Intenta besarme de nuevo. Retrocedo, lo que convierte su cara en una mueca—. ¿Qué? —se queja.

—Ve a cambiarte. Vamos.

—Me pone bastante que estés tan mandona.

—Hablo en serio. Tienes que ducharte y entrar en calor.

—Qué imprudente es. Esconde la nariz en mi cuello y yo me debato entre matarlo, arrastrarlo a la ducha o quedarme aquí, abrazada a él, hasta que pille una pulmonía—. Ve —le insto, haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad.

Hay un momento de silencio.

Luego, como si acabara de caer en ello, dice:

—¿Leah?

—¿Sí?

—¿Y si te he pegado la gripe?

Me entra la risa. No lo puedo evitar.

—Tienes suerte de que te quiera.

—Mucha suerte.

La respuesta me hace sonreír más. Logan se aparta por fin.

—¿Has cenado? —inquiero mientras busca su camiseta antes de dirigirse a la puerta. Yo me bajo del escritorio para sacar un pijama limpio del armario.

—En el aeropuerto. Hazte algo mientras me ducho.

Sale de la habitación y nos ponemos a funcionar. Me cambio,

le paso la fregona al recibidor, me recaliento algo de cena. Estoy picoteando de mi plato en la cocina cuando Logan cruza el pasillo con una toalla alrededor de la cintura. Me pregunta si tengo algo para el dolor de cabeza y le respondo que ya sabe dónde está la caja de las medicinas. Cuando, después de lavarme los dientes, regreso a mi dormitorio, está terminando de vestirse. Tiene un par de cajones con ropa de repuesto en mi armario porque se queda a dormir muy a menudo. También guarda su cepillo de dientes en el baño, un cargador extra en mi mesilla —siempre olvida traérselo— y un montón de cápsulas de ese café que tanto le gusta en el armario de la cocina. Se ha ganado un papel tan importante en mi vida que ahora hay un poco de él en todas partes.

«¿Logan y tú no os habéis planteado mudaros juntos?», me preguntó Maeve el otro día, después de contarnos a Sash y a mí que a lo mejor volvía a Miami el curso que viene, lo que me obligaría a buscar otra compañera de piso. «Quiero decir, ya casi parece que vive aquí».

Yo me encogí de hombros y fingí que no se me había pasado por la cabeza. Era más fácil que explicarles que es una conversación que me muero por tener, pero que al mismo tiempo me da miedo. ¿Y si no es el momento?

—¿Qué lees? —Logan se me acerca por la espalda y se fija en el libro que acabo de sacar de la estantería.

Le enseño la portada.

—Es nuevo. Estaba leyendo otro, pero este me ayudará a inspirarme.

—Necesitas descansar. —Me quita el libro y lo devuelve a su sitio—. Nada de buscar inspiración esta noche.

No rechisto cuando me conduce hacia la cama. En realidad, no me apetece nada leer. Estoy agotada. He echado de menos a mi novio. Quizá el primer paso para superar mi bloqueo creativo sea permitirme desconectar.

Nos tumbamos juntos bajo las mantas y Logan se acerca hasta que su rostro está solo a unos centímetros del mío. Tiene mejor aspecto ahora, tras la ducha. Le acaricio las pequeñas cicatrices que tiene en las mejillas, producto del acné de la adolescencia. Nunca le he oído mencionarlas. Me pregunto si las odiará. Espero que no. A mí me gustan.

—¿Qué tal tu nuevo tatuaje? —se interesa.

—Casi curado.

—¿Te echas crema hidratante?

—Solo cuando me acuerdo.

Juguetona, lo veo resoplar y alargar la mano hacia la mesilla de noche. Me incorporo y me levanto la camiseta sin necesidad de que me lo pida.

—Cicatrizará mal si no lo hidratas —me sermonea, por milésima vez desde que me lo hizo—. Y entonces arruinarás mi reputación cada vez que le digas a alguien que te lo hice yo.

Me aplica la crema con delicadeza. Noto escalofríos.

—Tú y tu reputación...

—En serio, cuídalo o se pondrá feo.

—¿Qué te hace pensar que no lo cuido?

—Has dicho que...

—Me echo crema cuando me acuerdo. Y me acuerdo siempre porque soy superresponsable. —Me bajo la camiseta cuando termina—. De nada por darte la excusa perfecta para meterme mano.

—No necesito excusas para eso.

—Lo tendré que decidir yo, ¿no?

Chillo entre risas cuando me busca las cosquillas antes de girarse para dejar la crema en su sitio. Vale. Me lo merecía.

Luego vuelve a tumbarse conmigo. Le cojo la mano y juego a proyectar sombras bajo la luz tenue de mi lamparita de noche. No tendría por qué haberme subido la camiseta, ya que el escote en pico de mi pijama deja casi al descubierto las líneas con flores entrelazadas que forman el tatuaje. Es pequeño, de trazo fino, y no tiene ningún significado en especial. Logan lo diseñó, me gustó y, tras sopesarlo entre poco y nada, le pedí que me lo tatuara. Al final resultó que Kenny y él tenían razón. Una se vuelve adicta a los tatuajes muy rápido. Y que tu novio los diseñe y te los haga gratis no ayuda. De momento llevo solo tres —este, la tormenta y uno en honor a mi pasión por la lectura— y he decidido que me voy a controlar.

Logan también se ha sumado unos cuantos. Ha empezado a tatuarse el pecho. En la parte izquierda, sobre el corazón, se hizo un prisma que descompone la luz en un arco iris de colores. Me pareció tan especial que estoy segura de que algún día se lo co-

piaré. Quiere hacerse más en esa zona, pero todos bien escogidos, a su debido tiempo. Acabaré con todo el cuerpo lleno, como el buen tatuador que es.

—¿Qué tal tu familia? —se interesa.

—Muy bien. Mi padre está deseando que vuelvas para hacerle la lasaña. —He pasado el fin de semana con ellos y no ha dejado de repetírmelo.

Logan hace una mueca.

—¿Sabe que puedo digerir otras cosas?

—Le hiciste tanto la pelota con la lasaña la primera vez que viniste que seguro que cree que es lo único que comes.

—Primero: la lasaña es espectacular, así que en realidad no me quejo. Y segundo: ¿y qué si le hice la pelota? No puedes culparme por querer caerles bien a los padres de mi novia.

—No era tu novia por entonces.

—Proyecto de novia —puntualiza.

—Me dijiste que no te querías comprometer.

—Cuando ya estaba pillado por ti. El caso es —Logan intenta, sin éxito, reconducir la conversación— que la opinión de tus padres me importaba.

—¿Incluso con tu pánico al compromiso?

—Incluso con eso. Y te recuerdo que tú también lo tenías.

—Y mira cómo hemos acabado —me deleito, acercándome más—. Tengo tu espuma de afeitar en mi baño.

—Y yo cuatro neceseres tuyos en el mío. En cuestión de espacio, está claro que he salido perdiendo.

Ambos sonreímos. Me aparta el pelo de la mejilla. Estamos muy cerca, mirándonos a los ojos. Guarda silencio un segundo y luego, como si quisiera darme una prueba más de lo mucho que han cambiado las cosas, confiesa:

—Iba a comprarte flores, ¿sabes?

—¿De verdad? —Noto un chispazo de emoción.

—¿Es una estupidez? Quiero decir, se estropean rápido.

—No —rebato enseguida—. Bueno, sí, se estropean, pero no es en absoluto una estupidez. ¿Por qué ibas a...? ¿Por qué ibas a comprarlas? —Dios. Me he puesto nerviosa y todo.

—No sé. Pensé que te gustarían. Tenía planeado pasar por una floristería antes de venir, pero mi avión ha aterrizado tarde y

ya estaba todo cerrado. —Sus dedos me perfilan la mandíbula. Me estudia atentamente—. Sí que te hace ilusión —observa.

Muchísima. Será una tontería, pero...

—Nunca nadie me ha comprado flores.

Logan arruga la frente. Acto seguido, pregunta:

—¿Cuáles te gustan?

—Las que tú elijas.

—Le escribiré a Sash.

—No. Las que tú elijas.

Podría traerme las flores más horrorosas del universo y yo estaría feliz de exhibirlas en mi salón. Es verdad lo de que el amor te nubla el juicio.

—Kenny me dijo que era importante cuidar este tipo de detalles en las relaciones —me cuenta—. Lo leyó en un libro. Nos estuvo dando el coñazo a todos en San Francisco.

—Ojalá hubiera estado allí. Habrá sido un viaje de lo más entretenido —menciono con humor, aunque lo creo de verdad.

Como los dueños del estudio también son muy amigos de Kenny, él se sumó al viaje el fin de semana. A Sasha y a mí nos hubiera gustado ir también, pero teníamos lío en la universidad.

Logan se me queda mirando. Pienso en lo mucho que me he acostumbrado a esta estampa; a verlo a él, en mi habitación, rodeado de mis libros y todo lo que hace que la sienta mía. En lo bien que parece encajar aquí. En que no me molesta en absoluto que sus cosas estén por todas partes. En que, de hecho, me he sentido rara esta semana, al haber estado siete días sin despertarme a su lado. En que a lo mejor Maeve lleva razón y no tiene ningún sentido retrasar más el momento.

—Tengo que contarte una cosa —hablamos a la vez.

Nos reímos.

—Tú primero —me concede.

—No. Empieza tú.

Luego decido que, como espere más, acabaré echándome atrás, y suelto del tirón:

—Quiero que te mudes aquí.

Justo cuando él anuncia:

—Estoy pensando en comprar una autocaravana. —Hay uno, dos segundos de silencio—. Espera, ¿qué?

Se me cae el alma a los pies.  
Me siento en la cama de golpe, con el corazón acelerado.  
Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—¿Una autocaravana? ¿Para irte a hacer una ruta por el país o algo así? —Joder. *Joder*. Debería habérmelo imaginado. El estudio de San Francisco no es el único que ha mostrado interés en colaborar con él. Logan tendría un montón de oportunidades laborales si pudiera trasladarse con facilidad. ¿Qué sentido tendría que quisiera quedarse aquí? Ojalá lo hubiera dejado hablar en primer...

—¿Qué? No. Para que la hagamos juntos. En verano, cuando no haya clases. Así yo podría trabajar en nuevos estudios y tú te inspirarías para escribir. Haríamos turismo en los ratos libres.  
—Sacude la cabeza, confundido, y regresa al otro tema—. ¿Qué pasa con Maeve?

Vacilo. Me siento muy avergonzada de pronto.

—Es posible que vuelva a Miami el próximo curso.

—¿Y tú quieras que me mude contigo?

—Sí. O no. Es decir, yo... puedo buscar a otra compañera de piso, si crees que todavía no es el momento. No me voy a enfadar. Ni tampoco voy a pensar que no le ves futuro a lo nuestro ni nada de eso. Sé que es un paso importante, y además está tu abuela, y ahora lo de la autocaravana y no... Olvídalos. No ha sido buena idea sacar el tema.

—Vale —responde Logan. Yo me giro sorprendida hacia él. No ha sonado como un «vale, lo olvidamos», sino como un...

—¿Te quieras mudar aquí?

—¿Pensabas que te diría que no?

Me observa expectante. Se ha sentado también y tiene la espalda contra el cabecero. Abre la boca. La cierro. ¿Creía que me rechazaría? No lo sé. Todas mis preocupaciones giraban en torno a cuándo sacar el tema. En cuanto a lo demás..., ni me lo había planteado. Sinceramente, no pensaba llegar tan lejos.

—¿No te molestaré? —inquiero con desconfianza—. Eres muy reservado con tu espacio. Sé que hay momentos en los que prefieres estar solo. Y Mandy..., bueno, entendería que no quisieras irte de su casa, es...

—Conservaré mi habitación allí, pero está deseando que me vaya, créeme. Hago un mal tercio desde que conoció a Gilbert.

—El nuevo novio de Mandy es un señor encantador. Uno que disfruta metiéndose con Logan casi tanto como ella.

—Eso no soluciona el problema del espacio.

—No hay ningún problema con eso. Por regla general, cuando no quiero estar con nadie sí quiero estar contigo. La gente me molesta, pero tú no cuentas.

Es... el cumplido más extraño y bonito que me han hecho nunca.

—Tenemos que pensarlo bien —reitero.

—Ahora eres tú la que no parece convencida.

—Porque no lo estoy. O sea, no por ti, sino porque la convivencia a veces se carga las relaciones. ¿Y si lo estropeamos todo? ¿Y si estamos yendo demasiado rápido?

—Leah, nosotros marcamos el ritmo. Si creyeras que no es el momento, no se te habría pasado por la cabeza decírmelo. Pero está claro que llevas tiempo queriendo hacerlo. —Me lee como a un libro abierto—. Yo estaba esperando a que me lo pidieras —reconoce.

—¿En serio?

—No sabía si lo harías. Contaba con Maeve en la ecuación. Pero, si va a irse, ¿para qué vas a compartir piso con una desconocida? Yo ya vivo aquí prácticamente. Y mi abuela está a punto de echarme de casa.

—No exageres —murmuro. Mandy no haría eso jamás. Sin embargo, entiendo que Logan crea que ha llegado el momento de independizarse, y ¿qué sentido tiene que sigamos por separado?

—No me parece tan descabellado —continúa—. Podemos pensarlo de aquí a septiembre.

—Habrá discusiones —cedo hundiendo los hombros.

—Seguro.

—Y habrá días en los que me odiarás.

—No. Habrá días en los que me enfadaré contigo. Y días en los que tú te enfadarás conmigo. Pero eso ya pasa ahora. No es nada que no podamos gestionar.

Me muerdo el labio.

—¿De verdad no te preocupa?

—En absoluto. Ni siquiera cuando discuto contigo dudo de que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Aunque, si prefieres esperar, lo entenderé.

—No quiero esperar —confieso. En el fondo tengo la certeza de que esto es lo correcto—. Estoy bastante segura de que eres el amor de mi vida y eso significa que...

—¿«Bastante segura»? Es todo un cumplido a estas alturas —menciona divertido. Le doy un golpe en el brazo, aunque nos ha hecho sonreír a los dos, lo que ha eliminado cualquier tensión que pudiera haber en el ambiente.

—Cállate. No estoy «bastante» segura. Estoy *totalmente* segura. Eres el amor de mi vida. Algún día me voy a casar contigo. Esto es solo un paso más hacia el futuro. Me moría por preguntártelo y me hace muy feliz que hayas dicho que sí, aunque ahora me siento un poco culpable, porque Maeve todavía no sabe qué va a hacer, y si al final decide no irse...

—La echaremos.

Me pongo seria.

—No hagas bromas con eso.

—No era broma.

—¡Es mi amiga!

—Mi abuela le alquilará mi habitación. —Pongo los ojos en blanco, aunque se me escapa la risa cuando tira de mí para que volvamos a tumbarnos.

La felicidad llena toda la estancia. Ese calor tan reconfortante se me cuela en el estómago solo de pensar que, a partir de septiembre, todos los días podrían ser así.

Me acerco más a Logan.

—Cuéntame lo de la caravana.

—Mi amigo Richard me enseñó la suya en San Francisco. Nada más verla lo tuve claro. Hay un mundo enorme ahí fuera, Leah. Uno que me muero por descubrir contigo. Le comenté la idea a mi abuela y me animó a lanzarme a la aventura. Tengo bastante dinero ahorrado. Es cierto que ahora que voy a mudarme aquí tendré que reservar una parte, pero...

—Compraremos la caravana entre los dos —sugiero—. Me llegará dinero de los libros. No sé si podremos hacerlo este año o tendremos que esperar al que viene, pero buscaremos la manera.

—Entonces, ¿no crees que sea una locura?

—Es una locura. Pero me encanta.

A juzgar por el quejido exagerado que suelta, a Logan también le encanta mi respuesta.

—Joder. No sabes lo enamorado que estoy de ti.

Me río contra sus labios cuando viene en mi busca. Me besa con ganas, como si pretendiese absorber el sonido. Acabo sentada en su regazo, con las rodillas sobre el colchón y el corazón bombeándose contra las costillas. La ilusión que burbujea en mis entrañas no es más que un recordatorio de que ese miedo, aquel que me mantenía atada a mi zona de confort en el pasado, se ha desvanecido. O al menos ha cedido bajo mi control. Ahora manda la Leah valiente. Y ella se muere por salir de Portland, recorrer el mundo junto a Logan y empaparse de todas las maravillas que todavía no conoce.

Las manos de Logan se cuelan bajo mi camiseta.

—Te recuerdo que estás resfriado... —me burlo.

—Olvídalo. Ya me siento mucho mejor.

Hay algo bonito en el pequeño desastre que somos; en la ropa volando fuera de la cama, los besos apresurados y las risas y los suspiros que pronto llenan la habitación. Logan se cierne sobre mí y noto sus manos y sus labios por todas partes mientras yo dibujo su cuerpo con los dedos. Luego me estiro para abrir el cajón de la mesilla y, cuando vuelvo con él, pienso en eso que le dijo Mandy aquel día en el museo y que Logan me contó tiempo después: he experimentado esto con otras personas antes, pero nunca había sentido lo mismo, porque nunca había habido tanto amor.

Un rato después, estamos acurrucados juntos. Logan me acaricia la espalda con delicadeza. Usa solo las yemas de los dedos para recorrer mi columna vertebral.

—¿Sabes qué fue lo primero que pensé? —habla en un susurro. Su voz ronca me provoca escalofríos—. Cuando vi la autocaravana por primera vez.

—¿Que la usarías para irte lejos?

—No. Te vi a ti. Nos vi a los dos. Nos imaginé despertándonos juntos en una cama como esa, un día de verano, en cualquier rincón del mundo. Me vi volviendo del trabajo y encontrándote rodeada de tus libros, tu portátil y tus cuadernos. Nos imaginé preparando la cena en esa cocina en miniatura mientras me hablas de la idea maravillosa que acabas de escribir. Nos vi conduciendo a la

montaña. A la playa. A donde sea. Nos imaginé a nosotros. Te imaginé a ti, Leah. Por eso decidí que tenía que comprar una.

Necesito mirarlo a los ojos, así que me giro sobre el colchón, todavía entre sus brazos.

—No puedo esperar —confieso—. Es una declaración muy significativa, viniendo de alguien con miedo al compromiso —lo provoco.

—Eres tú la que está supersegura de que se va a casar conmigo.

—Soy una romántica empedernida. Por supuesto que me voy a casar.

—Conmigo —reitera Logan.

—No parece una pregunta...

—No lo es.

Me muerdo el labio, aunque la felicidad tira de mis comisuras. Cómo han cambiado las cosas. Quién lo diría.

—Me parece bien.

Lo mejor de encontrar a la persona correcta son las certezas. No hay promesas vacías, solo hechos. Logan y yo tenemos días buenos y malos. Hay discusiones, momentos en los que lo saco de sus casillas, momentos en los que él me saca a mí de mis casillas, conversaciones incómodas pero necesarias, disculpas susurradas antes de irnos a dormir, cosas que no nos gustan del otro, cosas que adoramos del otro —aunque odiemos de nosotros mismos—... Y, pese a eso, aunque no sea una relación perfecta —ninguna lo es—, nos entendemos tan bien que estoy completamente segura, al igual que él, de que voy a pasar toda la vida a su lado.

Hay muchas etapas que nos quedan por vivir juntos. Tengo la certeza de que todas llegarán.

Y lo harán a su debido tiempo.

—Paso a paso —murmuro. Logan me mira con calma, como si le hubiera robado las palabras de la boca. Me acerco más—. Primero tenemos que conseguir que mi padre deje de atiborrarte a lasaña.

—La lasaña no me supone ningún problema —me asegura. A continuación, chasquea la lengua—. Maeve, en cambio...

—No la voy a echar del piso.

—Eres muy poco visionaria.

—Y tú solo me lo pides porque sabes que me lo tomaré a bro-

ma. Te sentirías fatal si decidiese hablar con ella de verdad. Finge todo lo que quieras. Sé que te cae bien.

Y el sentimiento es mutuo. Logan me quiere y desea lo mejor para mí, y está claro que Maeve es muy buena amiga, así que está contento de que esté en mi vida. Ella opina lo mismo de él. Que, a pesar de eso, ambos se empeñen en gruñirse mutuamente es otra historia. Son como dos gatos negros ariscos. Debe de formar parte de su naturaleza.

Logan guarda silencio un momento. Después, suspira.

—No se lo digas —me advierte.

—Tus secretos están a salvo conmigo, tipo duro.

—Esperaremos a que decida qué va a hacer en septiembre —continúa, ignorando deliberadamente mi tono burlón—. Así también tendremos tiempo para pensar todo con calma, como tú querías. Y si al final decide quedarse...

—Nos lo tomaremos como una señal del universo. Nos estaría advirtiendo de que todavía no es el momento.

Logan frunce el ceño. No parece que la idea le haga mucha gracia.

—Tú y yo creemos que sí lo es.

—Pero el universo manda.

—Cada día suenas más como Sash.

—Gracias. Es todo un cumplido.

Y una tortura para él, que tiene que aguantarnos a ambas.

Sonriente, le doy un beso rápido antes de levantarme para ir al baño. Aprovecho para reunir nuestra ropa y su mirada me persigue por la habitación. Le lanzo su pijama para que se vista. Sabe que es un requisito indispensable si quiere dormir aquí. Maeve y yo solemos ser muy respetuosas con la intimidad de la otra, pero nunca se sabe.

—Te ha sonado el móvil —me avisa Logan con un bostezo cuando regreso al cuarto. Todavía no se ha puesto el pijama—. Ha colgado rápido. No me ha dado tiempo a ver quién era.

Justo en ese momento oímos la cerradura de la entrada.

—¿Leah? —Es Maeve. Cualquier posible mención sobre lo oportuna que ha sido se queda en el tintero cuando notamos la ansiedad en su voz—. He visto el coche de Logan fuera. ¿Estáis en casa?

Intercambio una mirada rápida con él. Se levanta para vestirse mientras yo voy a abrir la puerta. Pillo a Maeve a punto de llamar.

—Maeve, ¿qué...?

—Necesito que me llevéis al aeropuerto —suelta del tirón.

Sus ojos nerviosos me devuelven la mirada. Tardo un segundo en procesar la información.

—¿Al aeropuerto?

—¿Qué ocurre? —Logan se acerca por detrás.

—No tengo coche y va a costarme muchísimo encontrar un taxi a esta hora. ¿Podéis acercarme? Es muy urgente. Por favor.

—Alterna la vista entre los dos.

—Claro —digo, todavía presa de la confusión. Logan no necesita oír más para ir a ponerse los zapatos. Maeve, en cambio, suspira de alivio y prácticamente corre hasta su habitación. La sigo a toda prisa. Me la encuentro sacando la maleta de debajo de la cama—. ¿Puedes contarme qué ha pasado? ¿Es por tu familia?

—Abre el armario y empieza a seleccionar prendas al azar—. ¿Y Mike? ¿Está bien?

—Esto no es por ellos, es por mí.

—No entiendo nada. ¿Qué vas a...?

Frena en seco y me mira con lágrimas en los ojos.

—¿Y si me muriera en tres minutos?

—¿Qué?

—¿Y si me muriera en tres minutos? —repite. Logan aparece a mi lado—. Imagínatelo. En el hipotético caso de que eso te fuera a ocurrir a ti, ¿estarías conforme con la vida que has tenido? Porque yo no. No sé por qué me lo he planteado de pronto, pero ahora no dejo de pensar lo y..., joder, necesito largarme de aquí. Me voy a Europa. A Finlandia. Al pueblo de mi madre. Necesito sentir que tomo las riendas de mi vida. Y para eso tenéis que llevarme al aeropuerto. Por favor.

Logan y yo volvemos a mirarnos.

—Voy a por las llaves —anuncia él.

Maeve asiente y retoma la tarea apresurada de sacar ropa del armario. Logan tarda un segundo más en romper el contacto visual y ponerse en marcha. Parece que los dos estamos pensando en lo mismo.

Como diría Sash, el universo ha dado su veredicto.

Maeve no será la única en hacer las maletas.

### III

## PASADO

El primer encuentro  
(La noche que ambos olvidaron)

*Logan*

Odio esta fiesta.

En general, odio *todas* las fiestas, aunque siento especial animadversión hacia aquellas llenas de gente que no soporto. Si no hubiera sido por Kenny, que ha entrado hace ya un buen rato a buscar su sexta cerveza, ni me habría planteado venir. Pero al parecer ha discutido con Sash y, aunque estoy totalmente seguro de que para mañana ya lo habrán solucionado, no puedo darme la espalda a un amigo cuando quiere ponerse en plan dramático y emborracharse. Ni aunque eso implique haber tenido que ver a los imbéciles de Hayes y sus amigos pavoneándose por el lugar.

He salido al porche porque necesitaba tomar el aire. Estoy planteándome ir a buscar a Kenny para rogarle que nos marchemos cuando me llega un mensaje de Sash.

SASHA

¿Cómo está?

LOGAN

Bien. Borracho.

¿Sigues cabreada?

SASHA

No. Ha sido una estupidez.

LOGAN

Genial, porque creo que en un rato me  
pedirá que lo lleve a tu casa.  
Le ha hablado de ti a toda la fiesta.

SASHA

¿Qué ha dicho?

LOGAN

Tendrás que esperar a verlo en persona  
para preguntárselo, aunque eran todo cosas  
buenas, en su línea de novio enamorado y  
romanticón.

SASHA

Te odio.

LOGAN

No es verdad.  
Entonces, ¿te parece bien si lo llevo?

SASHA

Sí, tráelo.

LOGAN

Genial. Todo sea porque triunfe el amor;)

SASHA

Y por poder largarte ya de esa fiesta.

LOGAN

También.

Me envía un emoticono de un dedo corazón y yo sonrío, aunque no puedo ignorar el sentimiento amargo que burbujea bajo mis costillas. La soledad aparece, como una vieja conocida, cada vez que veo a mis amigos juntos y recuerdo lo cruel que fue el destino conmigo, toda mi parte de culpa. Que tengo el corazón

vacío. Procuro apartar esos pensamientos de mi mente antes de que me arruinen la noche todavía más.

Tras guardar el móvil, le doy un trago a la cerveza. Decido que, en cuanto me la termine, acercaré a Kenny en su camioneta —yo he bebido, pero no tanto como él— y luego intentaré colarme en mi habitación sin despertar a mi abuela. No creo que vaya a ser capaz de pegar ojo, porque ya llevo varios días con insomnio, así que aprovecharé el rato para trabajar. Ojalá pudiera dormir algo. El cansancio me está matando. Siempre me duele la cabeza.

Tardo más de lo que debería en apurar el contenido de la lata. Odio esta fiesta, pero en el fondo no quiero irme.

Es mejor que el silencio asfixiante de mi cuarto.

—Muy amable. Gracias —oigo que dice una voz. Sin demasiado interés, miro hacia la carretera, donde una chica pelirroja acaba de bajarse de un taxi. Viene sola. El conductor acelera y la deja frente a la casa.

Reviso de nuevo el móvil, por si acaso Sasha me ha escrito algo más. Nada. Bebo otra vez. Una pareja sale de la fiesta entre risas y bajan la escalera del porche, y yo los sigo con la mirada hasta que mis ojos vuelven, como de manera automática, a la chica, que se ha apartado para dejarlos pasar. Se detiene frente a los escalones con los labios fruncidos.

No sé qué es lo que me anima a decir:

—¿No vas a entrar?

Ella fija su atención en mí. Es guapa. Muy guapa. Pelo rojo oscuro —teñido, seguramente; es demasiado borgoña para ser natural—, piel pálida, pecas, creo. Lleva un vestido negro corto que se ajusta a su cuerpo y unos tacones que hacen que sus piernas parezcan larguísimas. Decido que me gusta, sobre todo cuando cuadra los hombros para mostrar confianza en lugar de parecer un cervatillo asustado.

No es la primera vez que la veo, estoy seguro. ¿Cómo se llama? ¿Estudia en mi facultad? Ahora no logro ubicarla.

—Sí. —Se aclara la garganta. Por su voz, parece nerviosa—. Por supuesto que voy a entrar. —Sube la escalera.

—Replantéatelo —le aconsejo—. Es una fiesta bastante aburrida.

—¿Por eso tú estás aquí fuera? —Noto cierto retintín en su

tono. Mis aires de superioridad no le han gustado. Me hace gracia. Sonrío, ahora de verdad, y siento una punzada de orgullo cuando se vuelve hacia mí, ya a punto de entrar, y compruebo que la vista no me ha fallado y es espectacular.

—No había nada interesante ahí dentro.

Hasta ahora.

La pelirroja resopla y entra en la fiesta.

Diez minutos después, decido que ya le he dado a Kenny tiempo suficiente para dramatizar y es hora de marcharnos. Paso al recibidor, dejo la lata vacía en la mesa más cercana y me abro paso entre el gentío. Me gano ciertas miradas conforme avanzo, no precisamente buenas; no soy la persona favorita del campus. Estoy a punto de llamar al móvil de Kenny por segunda vez cuando diviso su cabeza rapada en el salón.

Estará de coña.

—¡Dieciocho, diecinueve...! —gritan todos a su alrededor.

—Tío, ¿se puede saber qué haces?

Ignorándome, Kenny coge una última nube de azúcar, se la enseña al público y, sin más dilación, se la mete en la boca, pese a que ya la tiene a rebosar.

—¡Veinte!! —exclama el círculo. Hay una botella en medio; deben de estar jugando a verdad o reto.

Orgulloso tras su logro, mi amigo hace una reverencia y escupe la bola de nubes a medio masticar en el cuenco de la mesa. Las reacciones se dividen entre risas, aplausos y caras de completo asco como la mía.

—Ha molado, ¿eh? —Por fin se gira hacia mí—. ¡He batido mi récord!

A saber cuántas cervezas más se habrá bebido.

—Vamos. —Lo agarro del brazo para que se levante—. Voy a llevarte a casa de Sash.

—¿Has hablado con Sash? —Pone los ojos como platos.

—Ya no está cabreada y quiere verte. Larguémonos de aquí. Kenny niega con pánico en la mirada.

—No puedo presentarme en su casa borracho.

—No estás *tan* borracho. —Espero. Confío. Rezo por ello.

—¡Acabo de meterme veinte nubes en la boca!

—Sash te ha visto en situaciones peores.

Noto la presión de una mirada, así que levanto la vista. Hayes y su novia Miranda están sentados justo en frente, rodeados del resto de sus amigos. También están participando en el juego. Sin embargo, no están pendientes de mí, por lo que mi atención se desliza hacia la izquierda, donde me encuentro con la chica pelirroja de antes. Está sentada en el círculo también, observándome. En cuanto nuestros ojos conectan, ella mira hacia otro sitio.

—Siéntate —me está pidiendo Kenny en este plano astral.

—No pienso jugar a esto. —Me libera de la mano con la que me agarraba la muñeca, pero él insiste.

—Solo un par de rondas. Necesito que se me baje la borrachera.

—Pues sube y mete la cabeza en la bañera.

—¿Y dejar ganar a estos panolis? Ni de coña. He superado todos los retos. ¡No me voy a rajar ahora! Y tú no vas a dejarme aquí. —Vuelve a tirar de mí—. Siéntate de una vez.

Resoplo y, no sé por qué, termino haciéndole caso. Quizá se deba a la chica de antes, que ha vuelto a ponerme los ojos encima y parece divertirse con la escena. Enarco las cejas en su dirección y ella desvía la mirada otra vez.

Sigo intentando recordar de qué la conozco.

—Muy bien. Dado que tenemos nuevas incorporaciones... —comienza el individuo con gafas que se ha autoproclamado jefe del juego. No soy el único que acaba de unirse al círculo.

—Yo no voy a jugar —aclara cuando se fija en mí.

—¿No? —Parece casi indignado—. Entonces, ¿para qué te has sentado?

—Ignórelo —le pide Kenny. A continuación, junta las manos como si rezara e inclina la cabeza en un gesto de servidumbre que provoca varias carcajadas—. Continúe, maestro.

Me parece oír que la pelirroja se ríe débilmente también.

Kenny me pasa una lata de cerveza cerrada. Imagino que era la que él iba a tomarse. La acepto, doy un trago y decido quedármela porque la idea es que él deje de beber. Una vez que el chico con gafas ha explicado las reglas —si la botella te apunta una vez, escoges entre verdad o reto; si te toca dos veces seguidas, debes girarla y besar a quien señale. La única forma de librarse es quitarse una prenda— y yo tengo aún más claro que antes que este

juego es una estupidez, se retoman los turnos. A Kenny le toca tres veces porque la botella tiene la mala manía de apuntar siempre para este lado. Acaba quitándose los zapatos para no tener que besar a nadie y haciendo diez flexiones cuando pide reto y no se le propone nada mejor.

Hayes cuchichea con sus amigos cada vez que Kenny y yo intervenimos —en mi caso, solo para repetir que *no* estoy jugando—, lo que me saca totalmente de mis casillas.

No le quito los ojos de encima a la desconocida. Me he fijado en que ella no deja de mirar a Hayes de reojo. Le toca intervenir solo una vez, escoge verdad y, cuando le preguntan cuándo fue la última vez que fingió un orgasmo —una pregunta de mierda, a mi parecer—, se quita los tacones para no contestar. Pierde así su única oportunidad de negarse, puesto que ahora solo le queda el vestido. Su gesto de «cobardía» no es bien recibido por Hayes y sus esbirros, que comienzan a susurrar y darse codazos entre risas.

Cuando la chica tuerce el cuello en su dirección, Hayes hace contacto visual con ella y, con la clara intención de mandarle un mensaje, agarra la cara de su novia y le planta un beso intenso.

Me basta con ver a la pelirroja tensarse para deducir que hubo algo entre ellos en el pasado. Me planteo si no habrá equivocado la dichosa pregunta solo para no humillarlo.

La botella me señala a mí.

—No estoy jugando —recito con aburrimiento, como ya he hecho al menos cuatro veces antes. Me abro otra cerveza. La voy a necesitar para aguantar esta mierda, aunque ya empiezo a notar los efectos de todas las que me he tomado y de los chupitos que han traído antes. Debería haber parado de beber hace un buen rato. No voy a poder conducir así.

El «maestro» resopla, cansado de mí —el sentimiento es bastante mutuo—, y la vuelve a girar. Apunta a la chica.

—Verdad —pide ella otra vez.

—Técnicamente, como él no está jugando, te ha tocado a ti dos veces seguidas —le indica el chico—. Tienes que volver a girarla y besar a quien señale. O eso, o prenda. Son las reglas.

—Parece que alguien tiene ganas de quitarse el vestido... —canturrea uno de los amigos de Hayes al verla vacilar. Daniel. Al oírlo hablar, Kenny se tensa a mi lado.

—Créeme, no hay nada interesante que ver —se burla Hayes.

Su grupo ríe y la chica se encoge sobre sí misma.

Hijos de puta.

Kenny me toca el brazo.

—Vámonos —me pide, ya sin arrastrar tanto las palabras—.

No soporto a estos imbéciles.

En eso estamos de acuerdo. Solo que no me muevo.

En su lugar, alzo la voz y digo:

—Reclamo mi turno.

Todas las miradas se clavan en mí. Incluida la de la desconocida.

—¿Perdón? —El encargado del juego pestañeó perplejo.

—He dicho que reclamo mi turno. Me toca a mí, no a ella. Escojo verdad.

—No puedes decidir cuándo jugar y cuándo no.

—Pues lo acabo de hacer. ¿Vas a hacerme ya una pregunta o vas a tenernos a todos esperando?

—Puto flipado —comenta Hayes por lo bajo.

Miro al chico con gafas y, a juzgar por su expresión, deduzco que quiere enterrarme vivo. Me limito a observarlo impávido hasta que, a regañadientes, inquiere:

—Si tuvieras que expulsar a una persona del juego...

—Me sacrificaría a mí mismo, porque es un asco. Y me sorprende que solo le hagas preguntas sobre sexo a ella —le suelto, lo que hace que se ponga rojo como un tomate. Fijo mi atención en la pelirroja—. Te toca. Has elegido verdad. ¿Antes no has querido responder porque la persona implicada está aquí presente?

—¡No puedes dirigir el juego tú! —me acusa el de las gafas, ahora lleno de rabia. Finjo que no lo he oído.

No sé por qué hago esto. Debería largarme antes de meterme en líos. Aun así, le sostengo la mirada a la chica, animándola a subirse al carro, y siento una punzada de calor cuando la determinación llena su rostro y responde:

—Así es.

—No has querido humillarlo.

—Creo que él sabe humillarse solito.

Se oye un coro de «uhhh» y no me hace falta volverme hacia Hayes para saber que acaba de destrozarle el ego. Sonrío y no

aparto los ojos de ella ni cuando vuelvo a dirigirme al maestro del juego:

—Ya puedes continuar.

—¿Disculpa?

—Que ya puedes continuar. Nuestros turnos han terminado.

—Tengo que obligarme a dejar de observarla para prestarle atención a él.

—Esa tía no tiene ni idea de lo que dice —interviene Miranda claramente enfadada—. Quizá el problema lo tenías tú. Además, ¿quién te ha invitado a la fiesta? ¿Acaso tienes tan pocas amigas que has tenido que venir por tu cuenta?

—Miranda —le reclama Hayes en voz baja, aunque la música ha parado y todos lo oímos—. Cállate.

Su novia quiere replicar, pero acaba cerrando la boca al intercambiar una mirada con él. No creo que Hayes busque defender a nadie, solo librarse de una batalla ya perdida que lo dejaría en peor lugar. Quién iba a decir que puede ser inteligente a veces.

—Gira la botella —le repito al de las gafas.

Alguien trae más alcohol y recibo el vaso de chupito lleno que me pasa Kenny. Él no se bebe ninguno. Yo sí. A estas alturas lo de volver conduciendo su camioneta está descartado. Tendremos que pedir un taxi.

—Tú no mandas —sigue quejándose el supuesto encargado del juego.

Kenny bosteza a mi lado.

—Me está entrando sueño, maestro.

Se oye una risita al frente. La de la pelirroja. Aún no lo sé, pero acabaré aprendiendo a reconocerla en cualquier parte.

Por fin se retoma el juego.

—¿Quién es tu amiga? —Kenny se inclina hacia mí mientras la botella vuelve a girar. Apunta a un chico que no conocemos.

—No lo sé.

—Pues me cae bien. Ha sabido defenderse. Espero acordarme de esto mañana, porque ha sido la hostia. Te dije que teníamos que jugar. De nada, por cierto. —Tuerzo el cuello hacia él y añade—: He visto cómo la mirabas antes. Incluso borracho, sigo conociéndote mejor que nadie.

Supongo que así es. Transcurren varios turnos y la chica no

deja de mirarme. Yo no dejo de mirarla a ella. Me fijo en las pecas que tiene sobre la nariz, en sus ojos verdes y los labios mordidos y carnosos. Le toca una vez más. Vuelve a pedir verdad y responde a qué edad dio su primer beso. Luego la botella se mueve y la apunta a ella de nuevo. La gente reacciona animada, aunque yo casi no los oigo, porque el alcohol ya hace efecto y todos me dan igual, y solo pienso en que ahora no tengo ninguna excusa para salvarla.

Tampoco la necesita.

Tras dudar solo un segundo, se inclina y gira la botella.

Es la primera vez en toda la noche que agradezco que siempre acabe señalando en esta dirección.

Se detiene frente a mí.

Hay un momento durante el que creo que ella se echará atrás, pero no. Se levanta. Y oigo los comentarios de Hayes, del encargado del juego e incluso alguno de Kenny, pero no les presto atención. De pronto la chica está delante de mí y el alcohol —o ella— me sigue nublando el juicio, y el resto de la fiesta es como una pintura que ha perdido el color y ya no me despierta ningún interés.

La pelirroja me mira a los ojos. Aún no sé su nombre.

Ella sí debe de conocerme a mí, puesto que dice:

—No necesitaba tu ayuda antes.

—Curiosa forma de darme las gracias.

—No me caes bien.

—¿Estás segura? Te has levantado muy rápido.

Alza la barbilla, aún sin romper el contacto visual. El mundo ha desaparecido y la tensión es tanta que duele.

—No voy a quitarme el vestido aquí delante —argumenta. Es una excusa, aunque sospecho que no para mí.

—Soy todo tuyo, entonces.

Desde ese preciso momento.

Vislumbro el dilema en sus ojos, lo que, sumado al comentario de antes, me hace plantearme si no habrá algo aparte de la timidez que justifique su vacilación. ¿Tuvimos algún problema en el pasado? ¿Por qué narices no le caigo bien? Es común en mi vida, lo de no gustarle a la gente. Suele darme igual porque yo también odio a todo el mundo. ¿Por qué ahora me molesta tanto? Entonces se

acerca y se me olvidan las preguntas, y noto un ligero aroma a alcohol que me revela que ella también ha bebido bastante y que es posible que esto sea una mala idea, y todo comienza a difuminarse; la fiesta, la música y la gente que nos rodea. Duda un segundo y decido que no voy a esperar más. La beso yo.

Lo primero, lo único, que pienso entonces es «joder».

La desconocida tiene los labios suaves y las manos calientes, y reacciona con un suspiro a la intensidad con la que mi boca cubre la suya. Su mano asciende por mi cuello y se enreda en mi nuca mientras yo le sujeto la cara para que no se mueva ni un milímetro. Me parece un buen beso. Un muy buen beso. Uno que disfruto de verdad y provoca que algo surja en mi pecho. Es como un cosquilleo. Un estallido. Unos engranajes que vuelven a funcionar. Un puñado de emociones confusas. Me estallan dentro y la habitación que era gris de pronto se llena de colores. En ese momento no me doy cuenta.

O sí, pero culpo al alcohol.

Cuando nos separamos, nos falta el aire a los dos. Yo lo disimulo mejor que ella, que respira deprisa. Pregunto con la voz ronca:

—¿Cómo te llamas?

Algo cambia en sus ojos. Volvemos de golpe a la realidad. Se aparta aclarándose la garganta y se limita a susurrar:

—Esto ha sido un error.

Vuelve a sentarse, no sin antes lanzar una mirada en dirección a Hayes, que está completamente serio. Yo regreso con Kenny.

—¿Qué cojones...? —inquiere mi amigo en voz baja.

—Déjalo —lo interrumpo sin despegar la vista de ella. Tiene las mejillas enrojecidas, del mismo tono de su pelo. Me pregunto si antes se le habrá olvidado el resto del mundo como a mí.

Alguien sirve más chupitos y pillo otro. La pelirroja hace lo mismo, solo que ahora evita cualquier tipo de contacto visual conmigo. Bien. Me lo bebo y desoigo el consejo de Kenny de tomármelo con calma.

Deberíamos marcharnos de una vez. En su lugar, jugamos unas cuantas rondas más, que bastan para que la botella me apunte a mí una vez —me quito el gorro sin escoger entre verdad o reto; ya estoy cansado de esto— y luego, como si fuera obra del destino, la vuelve a señalar a ella.

—Reto —escoge la pelirroja sin nombre esta vez.

—Espóstate a la persona a la que apunte la botella.

Será una broma.

—Nos largamos —anuncia Hayes, y tanto él como el resto de sus amigos se levantan. Me entran ganas de hacer lo mismo, pero la botella ya está girando. El reto ha causado furor entre todos los presentes, menos en la chica, en Kenny, que está deseando irse con Sash, y en mí.

Como no podía ser de otra manera, acaba apuntando en mi dirección.

La desconocida no solo besa de puta madre, sino que además tiene puntería.

—No voy a ponerme eso —le advierto al de las gafas cuando saca las esposas. Parecen de verdad y todo.

—Vale —responde él—. Pues prenda —le indica a la chica.

—¿No puedo girarla otra vez? —se queja ella.

—No. Son las reglas.

—Las reglas son una mierda —intervengo yo.

—Eres tú el que está estropeando el juego negándote a participar en su reto —me recuerda el encargado.

—Tío, vámmonos de aquí —me pide Kenny.

Frente a mí, ella se muerde el labio. Obedezco a mi amigo y me levanto, aunque no para marcharme con él, sino para dirigirme al centro del círculo. Extiendo la muñeca.

—Es nuestra última ronda —le advierto al chico.

—Ojalá hubieras dicho eso hace rato —gruñe, y mira a la desconocida, que nos observa sorprendida sin moverse del sitio—. Tú, ¿vienes o qué?

Arqueo las cejas. No me ha gustado ese tono. La chica da un respingo y se incorpora a toda velocidad. Dejamos que el de las gafas nos espese.

—¿Dónde están las llaves? —le pregunto al tipo. El reto implicaba que nos esposaran, no que tuviéramos que quedarnos así.

—¿Las llaves? —repite él haciendo el desentendido.

—¿Cómo si no íbamos a quitarnos esta cosa?

—No es mi problema. Yo solo me encargo del juego. No sé dónde las habrán guardado. Igual están en una de las habitacio-

nes de arriba. —Vuelve a sentarse con una tranquilidad insopitable. Su tono destila malicia. Me la está devolviendo por haberle tocado tanto los cojones antes. La pelirroja alterna la mirada entre ambos, angustiada.

—¿Pretende que subamos a buscarlas? ¿Los dos? —pregunta con la voz aguda. Me da la sensación de que lo que quería salir de su boca era un aterrizado «¡¿a solas?!».

Resoplo. Tengo un imán para los problemas. Se suponía que este sería un año tranquilo. Debería haberme ido a casa, joder.

—Dinos en qué habitación están —le exijo al tío—. No pienso rebuscar en todas.

—Primera puerta a la izquierda. Suerte.

—Que te jodan.

Distingo a Hayes, ya de pie, observándonos desde una esquina con sus colegas. Me giro y tiro de mi lado de las esposas para que la desconocida salga de su estado de *shock*.

—Vamos —la insto. Cuanto antes encontremos las llaves, antes podré irme. Dejo que recoja sus tacones y salimos del salón.

—Odio este juego —masculla ella.

Ya somos dos.

—Eh, tío. —Kenny se nos acerca en el pasillo—. He llamado a Sash. Viene de camino.

—¿Estás seguro de que quieras que te vea así?

—Ya no estoy borracho —responde, y quizá sea verdad. No lo sé. El caso es que yo sí lo estoy—. Y, aunque lo estuviera, quiero mostrarle mi corazón tal y como es.

—Genial. Pero no conduzcas tú.

—No te vamos a esperar —me advierte.

—Contaba con ello. Que la reconciliación vaya bien.

—Gracias por sus buenos deseos, milord. —Hace una reverencia exagerada mientras finge quitarse un sombrero invisible. Luego se fija en la chica, a la que no le queda otra opción que seguir a mi lado, y repite el gesto para ella.

—Se ha tomado unas cuantas cervezas de más —le explico a ella una vez que Kenny se marcha—. Siempre hace cosas así cuando ha bebido. —Arrugo la frente—. Bueno, cuando no, también.

Nos dirigimos escaleras arriba. Es bastante molesto caminar

con las esposas intentando que nuestras manos no se rocen. Aunque la planta baja está a rebosar, solo hay unas cuantas parejas rezagadas en el segundo piso. Ignoramos a los chicos que se están liando en el pasillo y, siguiendo las indicaciones del imbécil de las gafas, me detengo frente a la primera puerta a la izquierda. La desconocida se acerca más a mí, incómoda, aunque procura no tocarme. Llamo primero, por si acaso hay alguien dentro. Al no recibir respuesta, la abro esperando no encontrarme con algo que no queremos ver. Tenemos suerte. Está vacía.

Hay varias latas y cojines tirados por el suelo y un dildo colgando del techo.

—Curiosa elección decorativa —comento. En cuanto ella sigue mi mirada, se le enrojecen las mejillas. Su reacción hace que, incluso pese a mi mal humor, me cueste no sonreír—. ¿Qué? —la provoco.

—Nada —responde enseguida. Se endereza, claramente molesta—. ¿Vas a entrar o a seguir mirándome de forma paternalista?

Ahí está esa actitud afilada de ella que ha sacado antes con Hayes. Prefiero verla así a intimidada y nerviosa, como hace un minuto. La invito a pasar primero, satisfecho con mi trabajo. Se me da bastante bien sacar a la gente de quicio.

—Detrás de ti, jefa.

Ella pone los ojos en blanco.

Pasamos a la habitación y otra pareja sube entre risas la escalera. Cierro la puerta para evitar que se nos cuelen aquí dentro. No necesitamos más problemas. Luego sigo a la chica hasta la cómoda. La habitación está bastante desordenada. Está claro que alguien ha tenido su propia fiesta privada aquí antes de bajar con los demás. Apartamos papeles y latas de cerveza y, como sigue sin haber ninguna llave a la vista, la desconocida abre el primer cajón para revisarlo. Colaboro como puedo, aunque lo de estar esposados nos complica bastante la tarea. Solo tengo una mano útil.

—¿Dónde diablos estará? —masculla frustrada.

Cada vez tengo más claro que estamos perdiendo el tiempo. Ese tío nos ha tomado el pelo.

Cabronazo.

No digo nada y la dejo rebuscar en el segundo cajón. También en el tercero. Ni rastro de la llave. En el dormitorio solo se

oyen nuestras respiraciones acompañadas. Noto el calor de su cuerpo junto al mío. Nuestras manos se rozan de vez en cuando. Pienso en el beso, en su suspiro, en lo bien que encajaba su boca con la mía y en que estamos a solas en este cuarto, y me pregunto si seré el único que lo tiene en mente. Terminamos de inspeccionar la cómoda sin resultados y me agacho para tirar de una caja de cartón que he divisado bajo el mueble.

—Ahí tampoco hay ninguna llave. Está llena de botellas.

—¿Qué es eso? —inquiero la desconocida.

—El alijo de alguien que no bebe solo durante las fiestas.

—Examino las etiquetas. Joder, hay de todo aquí. Esta persona podría montar su propio bar. Encuentro una botella de vodka sin abrir y levanto por fin.

—¿Vas a ponerte a beber ahora?

—Lo estoy valorando. —Desenrosco el tapón. Es mala idea seguir mezclando, pero a estas alturas de la noche ya me importa más bien poco.

—Tenemos que seguir buscando la llave.

—No vamos a encontrarla.

—Pero el chico ha dicho que...

—Le hemos tocado las narices durante toda la noche. Nos estaba vacilando. No ha escondido la llave ni en esta ni en ninguna otra habitación. Solo quiere marearnos para reírse de nosotros.

—Vale. Pues bajamos y le pedimos que nos la dé. Si no la ha escondido, debe de tenerla él.

—No va a funcionar —le aseguro dando un trago. El alcohol me quema la garganta. La desconocida frunce el ceño.

—Eso no lo sabes.

—Es un capullo. —Y lo ha dejado bastante claro al mandarnos aquí arriba. Me pregunto si esta chica verá siempre la parte buena de la gente. El mundo debe de decepcionarla a menudo—. Bajaremos dentro de un rato.

—¿Para qué esperar?

—Si bajamos ahora, nos verá cabreados y lo alargará porque eso era justo lo que pretendía. Tenemos que hacerle creer que esto nos da igual. Esperaremos, luego iremos a pedirle la llave y, cuando se dé cuenta de que no nos ha molestado su castigo, nos la dará porque la broma habrá perdido la gracia. Confía en mí, sé cómo

funciona el cerebro de esos panolis. Y tú también. —Al verla enarcar las cejas, añado—: Saliste con uno de ellos, ¿no?

No me quita los ojos de encima mientras doy otro trago. Sigue en posición defensiva, con un brazo cruzado sobre el estómago, pero no tarda en darse cuenta de que tengo razón. La única manera de ganar esta batalla es ser pacientes.

—Ojalá no hubiera venido —masculla.

—Comparto el sentimiento. —Le ofrezco la botella—. ¿Quieres? Estaba cerrada.

Ella vacila.

—No estoy acostumbrada a beber tanto.

—Yo tampoco. —No suelo ir a muchas fiestas y, cuando lo hago, sé controlarme. Lo de hoy es una excepción. Entiendo que la situación le genere desconfianza (estar aquí, a solas conmigo, cuando los dos estamos bastante borrachos), así que agrego por si acaso—: No estoy intentando nada, que conste. Podemos bajar a esperar con los demás, si lo prefieres.

—No, está bien —responde ella—. Pero no voy a poder sentarme en el suelo con este vestido.

Dado que la única otra opción es quedarnos de pie, acabamos sentados en la cama. Me recuesteo contra el cabecero y ella hace lo mismo. Mantenemos la distancia máxima que nos permiten las esposas —que no es mucha— mientras nos pasamos la botella en silencio. Bebemos durante unos largos minutos, sumidos en una especie de tregua. Me he quitado el gorro y lo he dejado en la mesilla. No sé qué ha hecho ella con sus tacones.

Observa la habitación con interés.

—¿Cómo habrán conseguido pegar eso ahí? —inquiere, fijándose en el techo. Yo no aparto los ojos de su perfil. Llevo mirándola un buen rato.

—Prefiero no saberlo —admito.

—¿Podemos bajar ya?

Niego. Apenas han pasado unos minutos.

—Aún no.

Otro silencio. Se rasca la muñeca esposada, incómoda. Yo estudio cada detalle de su expresión y le ordeno de nuevo a mi cerebro que trate de ubicarla.

Los dos hablamos al mismo tiempo:

—¿Cómo te llamas?

—Nadie puede enterarse de lo de antes.

Se vuelve hacia mí. Nuestros ojos se encuentran.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Sabes a qué. —Al beso, sí. Pronunciar esa palabra reventaría de golpe la burbuja de tensión. A juzgar por cómo sus ojos se posan en mis labios un segundo, ella es consciente. Se aclara la garganta y centra la vista en el frente—. Nadie puede saberlo.

—Lo ha visto todo el mundo.

—Estaban borrachos. Se les olvidará. —A mí no. Debe de pensar lo mismo, puesto que reitera—: Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie. Por favor.

—¿Por qué te da tanto miedo que alguien se entere? —Parece preocupada de verdad. ¿Es por mi reputación? ¿No quiere que la relacionen conmigo? ¿Por eso se ha arrepentido de besarme antes?

Una sensación desagradable se adueña de mi estómago. No sé qué diablos hace ahí. No le gusto a la gente. Es un hecho. Ya debería estar acostumbrado.

La desconocida me observa con atención.

—¿De verdad no sabes cómo me llamo? —inquiere, lo que confirma mis sospechas. Debería saberlo. Está claro que nos hemos visto antes.

—No. ¿Sigues sin querer decírmelo?

—Así que tampoco sabes de qué nos conocemos.

—Siéntete libre de refrescarme la memoria.

—Has estado con mi mejor amiga.

—¿Qué amiga?

—Increíble.

Resopla como si acabara de convertirme en el mayor despojo humano del universo. Venga ya, ¿a qué viene esa reacción? No tengo forma de saber quiénes son sus amigas. Aunque lo ha dicho como si hubiera sido algo reciente y tampoco he estado con tantas chicas últimamente. Eso me da pistas.

—El caso —prosigue ella para zanjar el tema— es que no se lo puedes decir.

—¿A tu amiga, Kate, con la que estuve hace unas cuantas...?

—No se llama Kate.

—¿Amber? —Me la presentó Sash. No llegó a pasar nada, así

que es poco probable que se refiera a ella, pero la prefiero a mi última opción.

—No. Qué fuerte me parece esto.

—¿Linda? —Hago una mueca. Por favor, ella no.

—Tampoco. Mejor dejémoslo aquí.

—¿Estás intentando confundirme? No ha habido más. Tiene que ser una de esas tres.

—No me lo creo. Y prefiero que no me ubiques. Así me aseguraré de que mantienes la boca cerrada —dice—. No sé en qué estaba pensando cuando te besé.

—En tu amiga no. Eso está claro.

Me lanza una mirada con la que podría haberme sepultado.

—¿Siempre eres tan capullo?

—Siempre, sí. —Tiene los labios carnosos y mordidos. No puedo dejar de fijarme en ellos. Es un problema—. Y creo recordar que yo te he besado a ti.

—Debería haberme apartado.

—Pero no querías.

—Ha sido por despecho.

—¿Por Hayes?

—¿Te dolerá en el ego si digo que sí?

—No.

—¿No?

—Quieres volver a besarme —aventuro, porque puedo verlo en su expresión. Es totalmente mutuo—. Y Hayes no está aquí, ¿verdad?

Traga saliva. Niega, aunque estamos lo bastante cerca como para percibir cómo le afectan mis insinuaciones.

—No va a volver a pasar —me asegura con voz queda.

He cambiado de opinión. Sus nervios, si son por esto, sí que me gustan.

—Me conformaré con el recuerdo, entonces. Ha sido espectacular.

—Un beso del montón.

—Besas mejor de lo que mientes, preciosa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti.

Sonrío. Parece que siempre sabe por dónde salir. Le quito la botella para dar un trago y esta vez no evitamos que nuestros dedos

se rocen. Se gira para mirar al frente, inquieta. Está claro que es muy mala mentirosa. Ambos sabemos que beso de puta madre.

Seguramente tontear con ella sea mala idea. No lo haría si estuviera sobrio. No porque no me atraiga —que me atrae—, sino por lo que ha dicho sobre su amiga. Las cosas acabaron en buenos términos con Kate y nunca pasó nada con Amber, así que no entiendo por qué me odia tanto. La única explicación sería que fuera amiga de Linda. Ojalá me equivoque. La chica parece lista, lo suficiente como para mantenerse alejada de personas así. Aunque no lo bastante como para no haberme besado, claro. O como para haber notado que quedarse aquí conmigo, con esta tensión asfixiante que flota entre nosotros, no era sensato. Debería pedirle que vayamos a buscar la llave. No lo hago. Quiero quedarme. Me convenzo de que es porque odio a todo el mundo ahí abajo. Porque no quiero volver a verle la cara al imbécil de las gafas. Porque no quiero regresar al silencio de mi cuarto. Porque el alcohol me está dando sueño.

La realidad es que me apetece seguir oyéndola hablar.

—¿Puedo preguntarte algo? —rompo el silencio. Ella me estaba observando—. ¿Por qué has venido a esta fiesta? —Sola. Sin amigos. A un nido de víboras.

—No quería que pensaran que podían conmigo.

—Has venido a demostrarles que no ibas a dejarte intimidar. —Asiente y, agradecido con su sinceridad, le ofrezco la botella de vuelta—. Se te ha dado de lujo —le concedo.

Ella se ríe al terminar de beber. Suena irónica, como si no me creyera.

—Ya —responde—. Seguro que ellos han pensado que era ridícula.

—Casi haces llorar a Hayes.

—No exageres.

—Hablo en serio —insisto—. No me pareces ridícula en absoluto. —Ojalá mi expresión le transmita que lo pienso de verdad. Ha estado espectacular ahí fuera.

Me estudia con interés.

—Gracias por ayudarme antes —dice tras un momento. Algo despierta en mi pecho, pero finjo que no existe.

—¿Perdón? ¿Podrías repetirlo, por favor? Me parece haber oído que...

Me interrumpe con otra risita. Esta sí suena sincera. Me da un codazo y acabo sonriendo yo también.

—No se lo contaré a nadie —le aseguro. No tengo necesidad de ir por ahí hablando de lo ocurrido. Ha sido solo un beso, de todas formas. Nada importante, ¿no? Espero que el resto de los invitados piensen lo mismo.

—Gracias. —Relaja los hombros.

—Solo tengo una condición —añado—. Quiero saber tu nombre.

—Leah —pronuncia por fin.

—Leah, ¿qué más?

—Harries.

—¿Qué estudias?

—Literatura. Estoy en primero.

Así que nunca hemos ido juntos a clase. Vaya. Y yo que habría jurado que la conocía de algo más que de haberla visto con su amiga.

—Novata. Ya veo. Quiero que sepas que normalmente no me enrollo con desconocidas. Menos aún si son de primer curso.

—En ese caso, es una suerte que no vaya a volver a pasar.

—Claro.

Se vuelve a reír, quizás al notar que la idea no me hace mucha gracia. Se pone cómoda sobre la cama y yo la observo, a toda ella: la mano libre sobre el regazo —ahora que yo tengo la botella—, los pies descalzos y cruzados, las piernas largas, el vestido negro y ajustado que le cubre hasta la mitad de los muslos.

—¿Hay alguna posibilidad de que me digas el nombre de tu amiga? —vuelvo a la carga, pese a que ya me imagino quién es. Por desgracia.

Leah —su nombre suena melódico en mi mente: Leah, Leah, Leah, Leah— duda un segundo. A continuación, dice:

—Quiero algo a cambio.

—¿El qué?

—Un secreto.

Esto se pone interesante.

—Solo si tú me dices uno primero.

—No voy a confesarte un secreto y también el nombre de mi amiga —replica—. No es un trato justo.

—Pues dime solo lo primero. —Ya sé quién es su amiga. Sien-

do sincero, casi prefiero que no me lo diga. Tener que hablar de esa chica ahora me arruinaría la noche.

Leah —Leah, Leah, Leah, Leah...— vuelve a mirarme. Está bastante cerca, ya casi tumbada en la cama. El alcohol le está dando sueño; parece adormilada.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —recapitula—. ¿Y luego tú me dirás uno?

Asiento, no sé por qué.

No quiero compartir mis secretos con nadie.

Pero quiero que ella siga hablando.

—Sí —respondo.

Duda, y luego admite:

—A veces me gustaría ser más valiente.

—Hoy has sido valiente.

—He parecido valiente. No es lo mismo.

—Lo acabará siendo.

Hay otro silencio. Leah lo usa para analizar mis palabras. No le estoy mintiendo. El día que esta chica crea más en sí misma, el mundo arderá.

—No eres tan malo como dicen, ¿sabes? —Me regala un segundo secreto. Uno que hace que se me encoja el corazón. Estoy a punto de confesarle el mío, así de fácil, así de rápido.

«A veces me gustaría que no dijeran esas cosas».

«Me hacen dudar de mí mismo».

«Creo que tienen razón cuando dicen que soy una persona horrible».

—La gente se inventa muchas mierdas —contesto en su lugar.

—Te toca. Dime algo que no sepa nadie.

—No tengo secretos —miento—. Soy un libro abierto.

—No me lo creo. —Pues claro que no. Leah bosteza y me observa con sus ojos verdes, burlones y somnolientos—. Vamos, dime, ¿qué hay en ese corazón oscuro tuyo?

Sus palabras tocan algo en mí.

Y respondo:

—Nada.

La palabra flota entre nosotros y hace que el silencio regrese. Pienso que es imposible que Leah —o cualquiera— entienda toda la verdad que hay detrás. Me preparo para que insista en que le

cuente algo más. Otro secreto. Uno banal. Menos honesto. Algo que distraiga la atención de lo que acabo de confesar sin querer. Mi mayor miedo en el mundo. El que llegó cuando murió Clarisse.

Pero entonces ella susurra:

—No creo que tengas el corazón vacío, Logan. —La miro y descubro que ya tiene los ojos cerrados. Su voz es como una caricia—. Nadie tiene el corazón vacío.

Nadie. Ni siquiera yo. Logan. Ella sabe cómo me llamo. Me pregunta si sabrá que, al pronunciar mi nombre, lo ha vuelto más real. Que parece que habla de mi yo de verdad y no de la persona que todo el mundo cree que soy. Leah se reacomoda sobre la cama y yo no digo nada. Me quedo callado tanto rato que, cuando por fin separo los labios para hablar, ya es tarde. Su respiración es lenta y pausada. Se ha quedado dormida.

A la mañana siguiente, ninguno de los dos nos acordamos de nada.

Me despierto en una habitación que no es la mía con dolor de cabeza y una bruma que me nubla la mente, pese a que es la primera vez en días que duermo toda la noche del tirón. Tiempo después descubriré que Leah —Leah, Leah, Leah, Leah— tiene algo mágico que me hace conciliar el sueño. Me sorprendo al encontrármela a mi lado y, cuando ella abre los ojos, lo único que recuerdo es el beso. No hay ni rastro de lo demás. Ni de cómo acabamos esposados. Ni de cómo se defendió ante Hayes. Ni de nuestras miradas. Ni de nuestra pequeña conversación. Ni del intercambio de secretos. Ni de sus ansias de ser valiente. Ni de las mías de estar lleno de algo.

El alcohol provoca que, a la mañana siguiente, todavía no sepa su nombre.

Sin embargo, algo ha cambiado. La habitación ha dejado de ser gris. Los engranajes se mueven. No hay vacío, solo un puñado de emociones confusas. Todavía no puedo verlos. Tardaré un tiempo en hacerlo.

Pero los colores ya están aquí. 

